
Epilogo

El ciclo dinástico que está por concluir

por Lyndon H. LaRouche Jr.

Para juzgar la criminalidad de los acusados, basta con las pruebas ya presentadas. Para decidir qué curso de acción se debe escoger para subsanar este crimen, debemos concentrarnos ahora en otros cuatro hechos interconexos.

Para muchos de ustedes, estos otros hechos representan una dificultad que es urgente que superen. La dificultad es que, aunque todos son hechos históricos, chocan con nociones erróneas tercas y difundidas. Si alguna culpa les cabe a las personas educadas de buena voluntad por la peligrosa situación en que se ve la humanidad actualmente, es que su ignorancia o descuido de estos cuatro hechos contribuye a la influencia de los males que han causado la presente crisis global de la humanidad. Hacer justicia en este caso depende de que estén dispuestos a examinar la significación de estos otros hechos.

Nos ha congregado el clamor de una crisis urgente, no para castigar a algunos chivos expiatorios escogidos, sino para formarnos un juicio que se concentre en subsanar el problema que tenemos enfrente. La tarea que nos imponen las circunstancias exige, *primero*, que los jurados entiendan la situación histórica en que se ha cometido el crimen: que estos horrores han surgido en la fase final de un “ciclo dinástico” en la historia europea, un ciclo de aproximadamente cinco siglos.

Para entender las características del desmoronamiento actual del orden político, monetario y financiero del mundo, hay que ubicar los últimos seis siglos del ascenso de la civilización europea al predominio mundial en el espacio aún mayor de los ciclos semejantes anteriores de ascenso y caída de culturas otrora dominantes. Ninguno de estos ciclos, incluido el actual, se puede entender sin formarse primero un concepto del segundo y el tercer hechos, así como de su mutua interacción.

El *segundo* hecho a tomar en cuenta es la naturaleza especial de la especie humana, y los últimos seis siglos de historia mundial han dejado clarísimas las diferencias entre la demografía del hombre y la de los animales. La humanidad es la única especie que puede aumentar voluntariamente su *densidad relativa potencial de población*, una facultad distin-

tiva de la persona humana que se revela del modo más directo y simple en el efecto que el descubrimiento científico *axiomático-revolucionario* de principios naturales tiene en las facultades productivas del trabajo.¹ Como el legado del Renacimiento lo ha mostrado más brillantemente que cualquier período previo de la historia, la naturaleza de la humanidad reside en las facultades creadoras mentales potenciales del individuo, concepto del hombre en oposición axiomática a lo que la tradición oligárquica británica moderna ha adoptado como su definición empirista de la “naturaleza humana”.²

Sólo desde el punto de vista de ese segundo hecho se puede entender en forma práctica la significación del *tercer* hecho, el *oligarquismo*. Es en el conflicto entre la noción mosaica del hombre, creado a imagen de Dios,³ y la imagen bestial del hombre propia del oligarquismo donde se localizan las raíces de las características funcionales de los “ciclos dinásticos” de la historia y la prehistoria. Hay que reconocer

1. Véase Lyndon H. LaRouche, *¿Así que quieres aprender economía?* (Nueva York: The New Benjamin Franklin House, 1984). Véase también LaRouche, *La ciencia de la economía cristiana* (Washington: Instituto Schiller, 1993).

2. En otras palabras, la noción empirista del hombre que aparece en la *Harmonia Mundi* (1525) de Francesco Zorzi, el consejero matrimonial veneciano Henry VIII; en los dogmas rosacruces de los discípulos ingleses del veneciano Paolo Sarpi, Francis Bacon y Robert Fludd; en las obras de Thomas Hobbes, pupilo de Bacon; en el dogma del “contrato social” de John Locke, David Hume, Adam Smith y Jeremy Bentham, elementos del “partido veneciano” inglés; y en el utilitarismo de John Stuart Mill, etc. Esa doctrina empirista anticristiana de la “naturaleza humana” se conoce también como la Ilustración de los siglos 17 y 18, que abarca no sólo la facción antileibniziana de Voltaire, Maupertuis, Algarotti, Euler, creada por Venecia en París y en la Academia de Berlín de Federico el Grande, sino también a Emmanuel Kant y los románticos del siglo 19 y a los positivistas en general.

3. Sobre la interpretación del Génesis 1:26-28, véase Filón el Judío, *On The Creation*, en *Philo*, vol. I, F. H. Colson y G. H. Whitaker, traductores, Loeb Classical Library (Cambridge: Harvard University Press, 1981). La referencia tiene en cuenta el hecho histórico de que Filón, contemporáneo de Jesucristo y los apóstoles, en algún momento colaborador del apóstol Pedro en contra de los gnósticos mitraicos de Simón el Mago y compañía, tuvo parte destacada en revivir el legado mosaico y refleja el concepto que de éste se encuentra entre los apóstoles cristianos, como Juan y Pablo.

que la “Ilustración”, opuesta al Renacimiento, es un ejemplo moderno pero coherente del mismo tipo de oligarquismo que provocó la caída de Babilonia y Roma.

El *cuarto* de esos hechos históricos decisivos es la noción de cuáles serían las conquistas de la civilización europea moderna si el impulso que dio el Renacimiento se liberara del estorbo de la cohabitación con el oligarquismo estilo veneciano, basado en la usura. Para eso, puede uno concentrarse inicialmente en los cambios de política, el “cambio de paradigma cultural”, que han llevado al mundo cuesta abajo, en especial en los últimos treinta años y pico, hasta ponerlo

La condición actual de la monarquía güelfa de la Gran Bretaña es la de cabeza de una oligarquía verdaderamente internacional, que no conoce lealtades nacionales, pero que usa a la oligarquía británica como su dogo, en forma muy semejante a como los grandes príncipes del llamado Reich Habsburgo mimaban o mataban aun a miembros de la familia real con instrumentos como la Geheimpolizei de von Kaunitz y Metternich.

al borde, como está hoy, de una “nueva era de tinieblas” mundial. Dice el dicho: “No tires al nene con el agua de la bañera”. Rescatar las conquistas acumuladas de los últimos seis siglos de entre los escombros del sistema monetario y financiero dominado por Londres: tal es precisamente la imagen que los jurados podrían considerar cuando intenten tomar una decisión practicable de calidad acorde con el principio curativo de la justicia.

Haremos ahora una descripción brevísima del actual “ciclo dinástico”. Esa imagen será el concepto básico con el cual se relacionen de ahí en adelante los hechos correspondientes.

Origen, ascenso y caída del imperio británico⁴

La crisis económica y financiera que ha hecho presa de todo el planeta refleja el fin de un ciclo de aproximadamente quinientos años en la historia europea.

Este ciclo comenzó en las secuelas de la desbandada

4. La descripción siguiente del actual ciclo dinástico es un resumen de los hechos que se exponen en Lyndon H. LaRouche, Jr., “How Bertrand Russell Became an Evil Man”, *Fidelio*, vol. III, núm. 3, otoño de 1994.

temporal del vasto poderío marítimo, político y financiero de Venecia, provocada por la desintegración que sufrió a mediados del siglo 14, lo que los historiadores de nuestros días conocen como “la burbuja de la deuda lombarda”, desintegración que hundió a Europa en una “nueva era de tinieblas”. El nuevo ciclo, que brotó a la superficie en el siglo 15, ha estado determinado por el conflicto emergente entre las dos fuerzas principales de la cultura europea en ese siglo.

Por un lado estaban las fuerzas del Renacimiento Dorado, concentradas en torno a personalidades como el cardenal Nicolás de Cusa y el Concilio de Florencia de 1439–40. Del lado opuesto estaba el poder reemergente de la oligarquía aristocrática y financiera de Europa, con sede en Venecia. Desde la época de ese concilio y en especial después de la guerra de la Liga de Cambrai contra Venecia, librada a comienzos del siglo 16,⁵ toda la historia de Europa y el mundo ha estado dominada por el conflicto cultural entre la influencia que irradió el Renacimiento y la fuerza opositora de la llamada “Ilustración”, iniciada por Venecia.

Muy a comienzos del siglo 16, cuando se definió el “ciclo dinástico” actual, la situación estratégica era la siguiente:

El poderío intelectual del Renacimiento fue el resultado de que Nicolás de Cusa fundara los principios del sistema moderno de Estados nacionales y la ciencia moderna. Dicha influencia se ejemplifica en los intelectos titánicos de Leonardo da Vinci, Erasmo de Rotterdam y Rafael Sanzio. Debido a que los problemas no se resolvieron dentro de la propia Italia, el Estado nacional moderno lo fundó primero en Francia el rey Luis XI (1461–83). El buen éxito de Luis XI fomentó movimientos para fundar formas semejantes de Estado nacional en Inglaterra y en España, a lo que contribuyeron de manera importante la Orden del Oratorio y otras redes renacentistas de Leonardo, Erasmo y Rafael.

La alianza que siguió, ciertamente inestable, entre la España de la reina Isabel, la Inglaterra Tudor de Enrique VII y el legado de Luis XI en Francia,⁶ formó en torno al Vaticano la columna vertebral de la alianza antiveneciana denominada Liga de Cambrai. En el momento mismo en que Venecia estaba a punto de ser vencida por los aliados, su vasto y malvado poderío usurero quebrado para siempre, Venecia logró corromper a algunos de los aliados; la Liga de Cambrai fue disuelta. Venecia aprovechó el espacio que obtuvo así para utilizar la corrupción de nuevo para quebrar la alianza entre Francia, España y la Inglaterra Tudor. Para esto, Venecia se valió de la ramera Ana Bolena para inducir al rey Enrique VIII, enloquecido por el persistente acoso sexual de Ana, a adoptar medidas que crearon un estado implícito de guerra permanente entre Francia, España e Inglaterra de 1527 a la subyugación cultural de Francia por parte de la Gran

5. 1508–1510.

6. Para la edificación de los críticos mordaces: las diferencias de política entre el nacionalismo de Luis XI y la vuelta de Carlos VIII (de Francia) a los juegos dinásticos de antes del Renacimiento no se tienen por qué repasar en este resumen.

Bretaña tras el Congreso de Viena de 1814.

Así empezó el ciclo histórico de 500 años que ahora llega a su fin.

A lo largo de toda su existencia como entidad política y financiera, Venecia siempre ha intentado arrancarle cuanto sea posible, en especial en pagos, a cualquier nación a la que le pueda encajar las garras diplomáticas y financieras. Eso y el intento de Venecia de mantener a las potencias europeas enfrentadas entre sí representan los únicos propósitos claros que animaron la gran influencia que ejerció Venecia en Inglaterra desde la época de los coquetos de Ana Bolena con Enrique VIII hasta 1582.

Esta relación de Venecia con Londres se produjo en las secuelas de la victoria que en 1582 se anotó la facción radical de Paolo Sarpi (los "giovani") sobre los tradicionalistas de Venecia (los "vecchi"); la facción mayoritaria de Sarpi trataba de cambiar la base de operaciones de la oligarquía veneciana de la propia Venecia, estratégicamente vulnerable, a una nueva potencia marítima veneciana en los países protestantes del norte, mientras que la minoría se concentró en operar desde dentro de las facciones de las regiones del sur que pertenecían formalmente a la Contrarreforma católica. La facción de Sarpi escogió Londres como futuro cuartel general de la "nueva Venecia del norte".

Luego de la sangrienta lucha transicional de las dos últimas décadas de la Inglaterra isabelina, el ascenso de Jacobo VI de Escocia, candidato de la facción de Sarpi (por ejemplo, Cecil), al trono inglés, con el nombre de Jacobo I, fue el primer paso hacia la creación de una "nueva Venecia" con centro en Londres, con un poderío marítimo y financiero mundial como el que Venecia había detentado en el litoral mediterráneo por la mayor parte de los siglos 12, 13 y 14.

Para fines de los siglos 17 y 18, en especial desde el ascenso de Guillermo de Orange en 1688-89, la expresión "partido veneciano" se usó amplia y libremente para referirse al Partido Liberal de Inglaterra y el Reino Unido. Esta nueva forma de dominio británico no fue algo que el pueblo británico creara en forma autóctona; se impuso de arriba abajo, con una combinación de maniobras, traición y fuerza sangrienta. Con la derrota de la oposición *tory* a los liberales venecianos en los últimos años de la reina Ana, la soberanía inglesa quedó aplastada cuando el señor Güelfo, alias Georg Ludwig de Hanover, instrumento de Antonio Conti, a la sazón jefe de espionaje de Venecia, ascendió al recién creado trono británico con el nombre de rey Jorge I.

A partir de que, en la década de 1760, subió al poder William Petty, segundo conde de Shelburne, el potentado de la Compañía de las Indias Orientales situado inmediatamente por encima del trono, los agentes venecianos completaron el retroquelado intelectual de los liberales británicos para la tarea de crear un imperio británico mundial. Representa ese retroquelado mental sobre todo lo que se conoce hoy con el nombre, algo desorientador, de "radicalismo filosófico británico del siglo 19" o, simplemente, "empirismo radical".



Jeremy Bentham (1748-1832), uno de los líderes del "Partido Veneciano" de Gran Bretaña, fundado por el servicio de inteligencia exterior británico.

Exponentes típicos de este dogma radical veneciano son el economista Adam Smith; Jeremy Bentham, fundador del servicio de espionaje exterior británico y coordinador del terror jacobino francés; el historiador Gibbon, escogido por Shelburne; y Thomas Malthus, el famoso plagiarista de la obra publicada del veneciano Giammaria Ortes sobre la reducción de la población.

En 1814, el partido veneciano de la Gran Bretaña completó su meta inmediata de subyugar políticamente a Francia. Pasó entonces a preparar sus siguientes objetivos imperiales con el aplastamiento de la antigua aliada de la Gran Bretaña, la Santa Alianza de Metternich, mediante la subversión de los terroristas radicales del agente británico Mazzini, y con la corrupción traicionera de ciertas facciones de los Estados Unidos para reasimilar a este país al dominio británico. Salvo por los Estados Unidos, el saldo de las revoluciones y guerras del siglo 19 y de las dos guerras mundiales del siglo 20 fue que todos los competidores importantes del poderío británico que se erguían orgullosos a comienzos del siglo 19 quedaron destruidos por la guerra y la revolución o reducidos a una condición servil de corrupción política, como sucedió con la Francia de la Tercera República después de 1918. Merced a facciones políticas estadounidenses vinculadas notablemente a la herencia de Theodore Roosevelt o Woodrow Wilson, aún los Estados Unidos desempeñaron a menudo la parte del perro estadounidense sujeto a la correa geopolítica y cultural británica.

Como lo revela el muestreo de personalidades e intereses financieros reunidos en torno a las “*Allgemeine SS*” del príncipe Felipe —los partidarios de su World Wildlife Fund—, la monarquía británica no es una secreción del pueblo del Reino Unido. La condición actual de la monarquía güelfa de la Gran Bretaña es la de cabeza de una oligarquía verdaderamente internacional, que no conoce lealtades nacionales, pero que usa a la oligarquía británica como su *dogo*, en forma muy semejante a como los grandes príncipes del llamado *Reich* Habsburgo mimaban o mataban aun a miembros de la familia real con instrumentos como la *Geheimpolizei* de von

Como el legado del Renacimiento lo ha mostrado más brillantemente que cualquier período previo de la historia, la naturaleza de la humanidad reside en las facultades creadoras mentales potenciales del individuo, concepto del hombre en oposición axiomática a lo que la tradición oligárquica británica moderna ha adoptado como su definición empirista de la “naturaleza humana”.

Kaunitz y Metternich. Repasen las pruebas físicas: patentemente, las conquistas imperiales británicas no han ido en interés del pueblo británico; las conquistas han unificado prácticamente a toda la nobleza real, principesca, aristocrática y financiera sobreviviente de Europa (y más allá) en una sola oligarquía internacional, una parvada de parásitos a la que el actual “dogo” británico le sirve de cabeza.

Mientras existieron potencias rivales potenciales creíbles, la oligarquía internacional con eje en Londres no se atrevía a suprimir enteramente las instituciones del Estado nacional y el progreso científico. Las odiaban, pero no se atrevían a eliminarlas por temor a que los propios oligarcas salvajes del partido güelfo reinante se debilitaran materialmente en lo estratégico frente a sus presuntas presas. Fue sólo después de la crisis provocada en octubre de 1962 por la presencia de proyectiles nucleares soviéticos en Cuba, hace unos treinta años, cuando la Unión Soviética se adhirió al condominio nuclear que propuso Bertrand Russell y la oligarquía se atrevió a desatar su deseo de arruinar y luego erradicar la institución del Estado nacional, el progreso científico y la razón misma, por medio de aventuras de la “Nueva Era” como el utopismo “posindustrial” anticientífico y la contra-

cultura del *rock*, las drogas y la degeneración sexual.

El resultado de la inducción de semejante “cambio del paradigma cultural” en los últimos treinta años ha sido poner al planeta entero al borde de hundirse en la desintegración económica y política generalizada. Desde 1964, luego del asesinato del presidente John F. Kennedy y el surgimiento del ruinoso gobierno de Harold Wilson en el Reino Unido, ha habido en todo el mundo una caída cada vez más acelerada del ritmo de crecimiento físico-económico en la escala de la producción y la infraestructura económica básica esencial y la productividad per cápita y por kilómetro cuadrado. En los propios Estados Unidos, si se mide en estas unidades físicas, el crecimiento negativo ha prevalecido continuamente desde principios de los setenta y se ha acelerado rápidamente desde 1982. Mientras tanto, la Gran Bretaña que dejó Thatcher es un montón de chatarra, de ruinas de su antigua industria, donde la actividad de los sauprófitos financieros se denomina “privatización”.

El espejismo de los “períodos de prosperidad” en los últimos veinte años en los Estados Unidos y Europa se apoya en una revoltura de estadísticas falseadas y, lo que es más significativo, en el hecho de que el sistema financiero, del cual se dan datos, se ha desacoplado cada vez más de la economía real de producción y comercio.

La inevitabilidad del derrumbe a corto plazo del actual sistema monetario y financiero mundial se resume claramente en los tres párrafos siguientes.

La enfermedad ya terminal del sistema financiero mundial se caracteriza por el fenómeno de los apalancadísimos y desbocados mercados de lo que se llama “derivados”. Caracterizado por esta especulación lunática, el sistema financiero opera como un vasto casino de dinero de juguete, que opera de sol a sol según una mezcla de la “teoría de juegos” y ese otro extremo de la locura conocido como “teoría del caos”. La burbuja de especulación así creada pende del hilo de un flujo de ingresos sacados de la economía real, flujo de ingresos que es una fracción minúscula del ingreso financiero nominal que se le atribuye a las inversiones en la burbuja misma. En una palabra, el sistema ya está en *quiebra*, si estuvieran en vigor normas competentes de contabilidad.

Para aplazar el colapso repentino de la burbuja, se tiene que aumentar el flujo de ingresos que se le extrae a la economía real. Pero la existencia misma de la burbuja provoca ya la contracción de la economía real a ritmo acelerado. Aumentar el flujo de ingresos extraídos de la economía real quiere decir tratar de reducir la inestabilidad de esta semana con medidas que empeoran la inestabilidad en las semanas subsiguientes.

Hay ominosas semejanzas con el estallido de la burbuja de la deuda lombarda a mediados del siglo 14. Es éste un sistema axiomáticamente diseñado para autodestruirse. La destrucción ocurrirá, ya porque gobiernos sensatos intervengan para poner en reorganización por quiebra, bajo dirección gubernamental, al actual sistema mundial de banca central,

o ya porque, si los gobiernos carecen de la voluntad política para tomar medidas racionales, es inevitable que la burbuja estalle de modo parecido, desde el punto de vista matemático, a una explosión química, nuclear o termonuclear, salvo que ésta será una implosión definida funcionalmente por *una reacción en cadena de apalancamiento inverso*.

El motivo de que se haya permitido que se creara esta situación es que la más poderosa de las potencias políticas ocultas de este planeta, la oligarquía internacional, amenaza con destruir a cualquier persona o nación que considere una amenaza al crecimiento continuo de la burbuja financiera o a que sigan vigentes los paradigmas culturales de la “Nueva Era”. Así que el curso probable de los acontecimientos es que las cosas empeoren hasta que, como pasó después del crac de la burbuja de la deuda de mediados del siglo 14, se estime que la oligarquía ha perdido suficiente poder financiero y político como para que las medidas correctivas no sean del todo rechazadas.

Podemos ver así desde el ángulo político axiomático correcto el ciclo largo que ahora concluye. Por un lado, está el impulso ascendente, el impulso no entrópico, que viene de los principios del Estado nacional y de la inversión en el fomento y el empleo del progreso científico. Del lado opuesto, está el impulso en contra del Estado nacional y la ciencia, en favor de la usura, el impulso entrópico, que viene de esa oligarquía internacional que tuvo su centro en Venecia. Conforme ha aumentado la influencia de este último, a costa del poder político del otro, el impulso entrópico tiende a predominar en la sociedad y a aumentar el poder de la facción oligárquica debilitando el de su oponente.

Así, la interacción de los axiomas opuestos de las tendencias en conflicto define el ciclo. En su fase final, el ciclo aparece como la posible disintegración inminente de la dinastía británica del “partido veneciano” que ha reinado casi cinco siglos, desde el maniático sexual Enrique VIII hasta la inminente caída de la Casa de Windsor.

Oligarquismo

Mientras no surgió la Europa moderna en el Renacimiento Dorado del siglo 15, a lo largo de toda la historia y la prehistoria que conocemos más del 90 por ciento de las familias de todos los pueblos subsistieron mediante una forma más o menos brutal de trabajo rural. Como lo ilustra el ejemplo de la Esparta oligárquica de la secta de Delfos, el estado prevaleciente de servidumbre real o virtual se asemejaba y muy a menudo coincidía con la maldad de la esclavitud franca. Esas formas de sociedad, denominadas a menudo el “modelo asiático”, son el paradigma de lo que hemos llamado aquí *oligarquismo*.

Consideremos un ejemplo típico de una forma oligárquica de sociedad: un Estado basado en una configuración de cuatro castas, estados o clases. En ella, las familias de condición servil están en el fondo. En lo alto está una colección de familias gobernantes, una oligarquía cuyo poder colectivo

para gobernar el Estado reside en la forma relativamente menos mortal, corporativa, de la institución familiar, más que el miembro individual mortal de esa familia.⁷ Junto a la oligarquía propiamente dicha está una casta sacerdotal, como la primera casta sacerdotal caldea y sus sucesores “magos” o el sacerdocio de la secta délfica de Gea, Apolo y Pitón-Dionisos. Por debajo de ellos pero encima de los siervos y esclavos, estaban los plebeyos: artesanos, mercaderes, etc.

La codificación reciente relativamente más influyente de una forma oligárquica de sociedad se encuentra en el famoso código “socialista” del emperador romano Diocleciano, modelo de los “eugenistas” modernos y de otros “ambientistas” radicales.

En contraste con la cultura platónica moderna y el cristianismo, el oligarquismo —como el de los Darwin, los Huxley, y Skinner y Herrnstein, de la Universidad de Harvard— no permite distinción estricta entre la humanidad y las bestias. La tendencia general, muy a menudo la práctica consagrada de sociedades oligárquicas rígidas, es proceder como si la separación entre las clases altas y las bajas fuese una distinción entre una especie animal superior y una inferior. La división oligárquica entre castas gobernantes e inferiores se defiende, a menudo explícitamente, con el pretexto de que se trata de distinciones resultantes de diferencias naturales, biológicas, genéticas.⁸

Ese es el llamado “modelo asiático” del oligarquismo que fue transmitido de la Mesopotamia de Istar y el Tiro de Moloc a las formas europeas de oligarquismo que refleja hoy la Casa de Windsor.

Platón y la revolución cristiana

En la historia conocida, el primer intento claro de romper con este sistema oligárquico se ve en el poder marítimo de las ciudades Estado republicanas jónicas que ciertas fuerzas de Egipto patrocinaron en contra del poder marítimo cananeo de Tiro y, en general, en contra de la difusión del modelo babilonio de imperio. Con las reformas de Solón en Atenas, el contraste entre las leyes de Solón y la ley de Licurgo en Esparta sigue siendo el mejor punto de referencia para entender la diferencia en principio entre el bien político y la maldad política en la historia europea hasta nuestros días.⁹ El

7. La noción jurídica pagana romana del *pater familias* da ejemplo de la naturaleza de esta distinción. El *fondo* de la familia veneciana es un eco de la ley romana del *pater familias*: son los administradores del *fondo*, no los miembros biológicos de la familia los que ejercen la autoridad del *pater familias*.

8. Los oligarcas, como los aristócratas británicos o los autollamados “patricios” de los Estados Unidos, frecuentemente aplican al apareamiento de su propia progenie reglas tomadas de la cría de perros y ganado. A juzgar por la decadencia de las camadas recientes de herederos de esas familias aristocráticas y opulentas, pudiéramos decir que las cualidades intelectuales que esos métodos parecen producir no son muy impresionantes.

9. Friedrich Schiller, “The Legislation of Lycurgus and Solon” (1790), George Gregory, traductor, en *Friedrich Schiller: Poet of Freedom* (Washington: Schiller Institute, 1988).

precursor principal de la ciencia moderna y de la alternativa moderna al modelo oligárquico de sociedad son los escritos y la influencia de Platón y su Academia de Atenas.

Los antecedentes del Estado nacional europeo moderno se localizan en la misión del apóstol Pablo a los gentiles. Aunque el cristianismo estaba en el terreno definido por la religión de Moisés, la misión paulina salió de los linderos étnicos del judaísmo sujeto al cautiverio romano para practicar el mensaje de Jesucristo de que todas las personas están hechas a imagen de Dios, y por lo mismo todas y cada una están situadas por encima de las bestias, en virtud de esa

Como lo muestra Agustín, es el método de Platón informado por el cristianismo lo que constituye el fundamento de la moralidad pública en lo económico, lo político, etc. El cristiano está libre de la bajeza del racismo y los prejuicios de clase, libre de la autodegradación de semejarse a una mera bestia.

capacidad de generar y recibir descubrimientos axiomático-revolucionarios válidos de principio de la calidad que ejemplifican hoy las grandes formas clásicas de obras de arte y el descubrimiento científico físico en la tradición de Platón, Nicolás de Cusa, Leonardo da Vinci, Kepler y Leibniz. El mismo principio fue subrayado con gran claridad por el platonista cristiano Agustín, personalidad central de la organización de un cristianismo europeo occidental limpio de las corrupciones gnósticas que pululaban en el imperio oriental.

Aunque ese principio estuvo contenido siempre en la fe cristiana, sólo se incorporó eficientemente a la doctrina del estadismo con la obra de Cusa y otras personalidades importantes del Concilio de Ferrara-Florencia de 1439–1440. Hasta ese Renacimiento, la sociedad europea occidental estuvo gobernada por una idea imperial oligárquica del derecho. Los intentos cristianos anteriores de cambiar eso fueron atacados con enorme furia por las oligarquías feudales que veían en los intentos de elevar la condición mental y política de las castas inferiores una amenaza al orden oligárquico. Hasta ese Renacimiento, en ninguna parte de este planeta existió un Estado nacional o hubo una sociedad dedicada a la promoción general del aumento de la productividad del trabajo por medio de una cultura científica.

Los jóvenes y revolucionarios Estados Unidos son una demostración decisiva de la introducción de ese principio cristiano al ordenamiento de los asuntos seculares de la so-

ciudad.

El censo federal estadounidense de 1790 muestra que, incluso en fecha tan reciente, más del 90 por ciento de la población se mantenía de ocupaciones rurales. Pero para entonces, la alfabetización, la productividad y las condiciones de vida de los estadounidenses eran ya más del doble de las existentes en el Reino Unido. El “agricultor latino” estadounidense queda representado, por lo que hace a cultura, en los tratados políticos de autores como Tom Paine y Alexander Hamilton; son textos que rebasan la capacidad del graduado típico de las escuelas secundarias estadounidenses de nuestros días, y aun de muchos graduados universitarios. La base moral y cultural de una gran transformación ascendente en las condiciones de la vida familiar y nacional ya eran visibles a fines del siglo 18. Los beneficios pueden rastrearse en la composición cambiante del empleo y en los ingresos reales de la fuerza de trabajo estadounidense en el lapso de 1790 a mediados de los sesenta, cuando se desató contra nuestra sociedad la peste conocida como “cambio de paradigma cultural” de la “Nueva Era”.

El ejemplo estadounidense ilustra las conquistas sin precedentes de la fundación de nuevas normas de Estado nacional y desarrollo científico y artístico para toda la población que debemos al Renacimiento Dorado. Vemos romperse las barreras de clase oligárquicas que tanto tiempo habían mantenido a la humanidad moralmente por debajo de sus derechos de nacimiento.

La contribución de Platón a los principios del conocimiento humano fue indispensable para hacer eso posible. En su célebre diálogo *Parménides*, Platón presenta una pedagogía para demostrar un principio plenamente inteligible de la creatividad humana, completamente al margen y absolutamente por encima del nivel de meros argumentos deductivos como los de Parménides, los sofistas y Aristóteles. Este principio, que aparece en las formas clásicas de poesía, teatro, música y pintura como el principio de la verdadera metáfora, nos permite definir el acto de creatividad como un objeto mental, un objeto que no depende de los meros sentidos, un objeto que nos hace inteligibles las formas de actividad mental por medio de las cuales somos capaces de generar voluntariamente y asimilar descubrimientos axiomático-revolucionarios válidos de principio respecto a la legitimidad del universo.

El objeto mental, así definido, es el objeto al que debemos referirnos cuando decimos que el individuo humano está hecho “a imagen de Dios” o, lo que es lo mismo, que está “dotado, desde su nacimiento, de una chispa divina de razón”.

Es esta facultad de recibir e impartir conceptos que sean descubrimientos axiomático-revolucionarios válidos de principio natural la que ha capacitado a la humanidad para aumentar deliberadamente la productividad del trabajo per cápita, por familia y por kilómetro cuadrado en tal forma que ha aumentado la densidad potencial de población de la especie

humana en más de tres órdenes decimales por encima de las magnitudes posibles en los modos primitivos de “caza y recolección”. En ésta y otras expresiones, esta práctica mental creadora del individuo es la fuente de la “no entropía” de todos los modos relativamente venturosos de sociedad, en contraste con esas culturas que están inherentemente condenadas a desaparecer.

La superioridad comprobada de la cultura surgida del Renacimiento Dorado sobre cualquier otra cultura que haya existido jamás expresa el poder desencadenado por las formas de estadismo y progreso científico y cultural congruentes con la comprensión de que la creatividad humana es un concepto plenamente inteligible, el único fundamento empírico de la noción de que la persona está hecha a imagen viva de Dios Creador.

En principio, cuando miramos a los ojos de un niño, cualesquiera que sean sus padres, vemos ese objeto mental que existe más allá de esos ojos, por así decirlo. Eso es ver a nuestros congéneres “a imagen de Dios”. Una vez que lo hemos visto, ya no podemos tolerar una política que degrade a cualquier familia a un estado de esclavitud o servidumbre bestial. Debemos apasionarnos en que las almas de esos niños se desarrollen para recibir e impartir conceptos válidos de descubrimiento mental creador en el arte, la ciencia y la tecnología de la práctica productiva. Debemos apasionarnos en que la sociedad se organice de tal forma que este derecho a vivir como un ser humano de verdad sea un derecho universal.

Como lo muestra Agustín, es el método de Platón informado por el cristianismo lo que constituye el fundamento de la moralidad pública en lo económico, lo político, etc. El cristiano está libre de la bajeza del racismo y los prejuicios de clase, libre de la autodegradación de semeñarse a una mera bestia. Quienquiera que haya echado un vistazo a la maldad de la historia deberá reconocer que todo lo que propone el príncipe Felipe es criminal y odioso: hacer volver al mundo a una situación en que prevalezca como ley entre las naciones cualquier visión del hombre que no sea la de que éste está hecho a imagen de la naturaleza creadora de Dios.

La interacción

Por más de cinco siglos, la oligarquía ha odiado el Renacimiento Dorado como los dioses del Olimpo pagano de Zeus odiaban al Prometeo del dramaturgo Esquilo. Traer el “fuego”, el conocimiento de que el don de razón creadora de la persona humana lo hace a imagen viva de Dios, amenaza el poder de esos tiranos olímpicos a los que hombres y mujeres tontos creen dioses inmortales. Si quieren ver a un genuino oligarca echar humo por las narices, amenacen con educar las capacidades cognitivas de su siervo.

En el viejo modelo oligárquico, el campesino es considerado un mero animal. El oligarca pone al campesino en un campo o en un establo tal como hace con “el resto del ganado”. El campesino animal cultiva alimentos, tal como la vaca

produce carne y leche. Tantas vacas (o campesinos) dan tanta comida, ¡siempre que las pasturas no estén atestadas!¹⁰ Del mismo modo se crían animales de caza en los cotos de los príncipes y duques: los guardabosques del príncipe eliminan a los animales sobrantes cuando la manada se torna demasiado numerosa. El príncipe Felipe usa precisamente esa imagen para describir los métodos que emplea para administrar el tamaño de la población humana a escala mundial.¹¹

Para entender de modo suficiente la cuestión del oligarquismo, hay que comparar la experiencia de Europa occidental y las Américas con los problemas que enfrenta el desarrollo dentro de las culturas de Asia.

Al mismo tiempo que la oligarquía europea representada por la Casa de Windsor, con la ayuda del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, hace todo lo que le viene en gana a su tiránica arrogancia para borrar prácticamente del mapa cualquier posibilidad de progreso científico y técnico en el llamado “Tercer Mundo”, hay también una poderosa resistencia interna al progreso entre las poblaciones del sector subdesarrollado, como ocurre en Asia. Lo bien que han conseguido las oligarquías evitar desde dentro de esas naciones subdesarrolladas el mejoramiento de las condiciones de sus sectores más pobres depende en buena medida de la intensa resistencia al cambio que hay entre las filas de esos mismos sectores pobres. En verdad, en toda la historia humana, pocas tiranías hubieran durado tanto como duraron si no fuera por la complicidad, determinada culturalmente, que hubo entre las víctimas.

Por eso, en la pelea contra la esclavitud en los Estados Unidos antes de la Guerra Civil, los dirigentes negros adoptaron la expresión de que la cultura al nivel de las normas europeas clásicas es la diferencia esencial entre el hombre libre y el esclavo.

El mecanismo que mueve al siervo a defender las formas de esclavitud que padece se entiende más fácilmente exami-

10. Lo que hemos descrito aquí son los supuestos filosóficos subyacentes en el dogma fisiocrático antic Colbertiano de personajes como el doctor François Quesnay, instrumento de la tertulia de Antonio Conti. Salvo por el modo en que Smith amplió el dogma de Quesnay sobre el trabajo agrícola al trabajo manufacturero, todas las nociones de Smith en moralidad y economía política fueron copias de las ideas que Quesnay había expuesto para 1758 o copias de la influencia de los miembros de la tertulia de Conti, de donde Quesnay sacó las suyas. Con esa limitada salvedad, Smith es un fisiócrata y un perfecto oligarquista. Las ideas de Quesnay se apoyaron en informes de misioneros sobre los principios del modelo oligárquico de China. Tanto Quesnay como Smith, al igual que todos los venecianos del siglo 15 a principios del siglo 19, niegan de plano que exista la creatividad humana y la excluyen de entre los factores eficientes del cambio social. La filosofía oligárquica de Venecia fue y sigue siendo la bestialización de la humanidad.

11. El 27 de octubre de 1991, en la televisión francesa, el príncipe Felipe llevó al entrevistador por todos los pasos del modo en que la gente del príncipe organizó la matanza de las poblaciones excesivas de animales silvestres que vivían en las zonas “protegidas” del África. Luego, en respuesta a la pregunta obvia del entrevistador, el príncipe dijo: “Es el mismo principio para el hombre; sólo que, para nosotros, nuestra zona protegida es el planeta entero. El principio es de veras el mismo. . .”

nando formas semejantes de autodegradación comunes entre los izquierdistas estadounidenses, como los anarcosindicalistas y otros populistas incultos. La intelectualidad oligárquica está al tanto de este mecanismo y se apoya en él como el medio principal para inducir a las víctimas del oligarquismo a ayudar a ponerse unas a otras las cadenas todas las noches. Para penetrar en los orígenes psicológicos del oligarquismo y entender los trucos en los que más ha confiado la oligarquía moderna para dominar a los siervos, hay que penetrar en la autodegradación del alma de los populistas o sujetos semejantes entre las víctimas.

Cuando los oligarcas reducen a una gran porción de la humanidad a la condición de ganado parlante, como hicieron con los esclavos y los siervos, no sólo suprimen las potencialidades humanas de las víctimas. Las deshumanizan también transformándolas en individuos “del montón” dentro de la condición misma a la que las relegan.

Hay en esto un principio profundo, pero el asunto es de importancia decisiva.

En la medida en que el concepto del mundo que tiene el individuo se limita más o menos a poner en primer plano una forma asociativa de interacción entre sus emociones y los objetos sensibles, esa persona tiende a compartir la errónea concepción misantrópica de la “naturaleza humana” que encuentra uno en Zorzi, Sarpi, Bacon, Hobbes, Locke, Adam Smith, Jeremy Bentham, etc. En la imaginación de esos desgraciados, la realidad de la existencia propia empieza con los recuerdos más tempranos de experiencias sensibles y termina cuando los sentidos callan. Todo lo que vaya más allá de eso lo atribuye a una futura vida órfica en el Hades. Un pobre diablo semejante, si tiene inclinaciones académicas, aceptará sin remilgos la asquerosa doctrina que vomitó Smith en 1759 y que revivió en 1776, en su dogma fisiocrático de la llamada “mano invisible”:

La naturaleza nos ha dirigido. . . por instintos originales e inmediatos: el hambre, la sed, la pasión que une a los dos sexos, el amor del placer y el rechazo del dolor, nos impulsan a aplicar esos medios sólo por lo que son y sin consideración alguna de si tienden a esos beneficiosos fines que el Gran Director de la naturaleza intentó producir

por medio de ellos.¹²

Las cosas son del todo diferentes con cualquier persona que esté conciente del uso eficiente de las facultades mentales creadoras propias y ajenas. En matemáticas, por ejemplo, nuestro conocimiento científico de la materia empieza cuando repetimos los descubrimientos de hombres como Pitágoras y Platón, reviviendo en nuestra propia mente, como estudiantes, la experiencia mental de los descubrimientos que efectuaron hace miles de años. Es lo mismo con cualquier otro descubrimiento que se domine del mismo modo. El educando cuyas facultades mentales se desarrollen así estará bien conciente de que los beneficios prácticos de las matemáticas modernas incorporan, en calidad de principios eficientes de trabajo, ideas generadas por individuos que murieron hace siglos y aun milenios. Dicho estudiante reconoce que lo que distingue al hombre de las bestias y lo pone por encima de ellas es el descubrimiento y la perpetuación de esas ideas válidas que son la suma acumulada del conocimiento humano hasta la fecha, todo él adquirido y transmitido mediante la agencia de esta facultad mental creadora.

Dicho estudiante puede darse cuenta de que nuestra breve existencia mortal es una oportunidad de participar en toda la existencia humana, tomando del pasado remoto y dando al futuro remoto. Este es el terreno en que el educando ubica su vasta superioridad moral sobre el “hombre práctico” populista que sólo conoce el fruto de su experiencia sensible y sus pasiones ciegas.

Cuando los oligarcas reducen a una gran porción de la humanidad a la condición de ganado parlante, como hicieron con los esclavos y los siervos, no sólo suprimen las potencialidades humanas de las víctimas. Las deshumanizan también transformándolas en individuos “del montón” dentro de la condición misma a la que las relegan.

El destino de pueblos y naciones, así como las consecuencias de cada vida mortal personal, están determinados por procesos que abarcan, a fin de cuentas, toda la existencia humana, pasada y futura. Del pasado, heredamos la acumulación de ideas producidas por los que nos antecedieron, y las condiciones de vida que otros mejoraron (o empeoraron). El resultado de que hayamos vivido como personas recae en nuestra posteridad. Lo decisivo en ambos respectos es que nos autogobernemos escogiendo las ideas que nos guíen para actuar sobre el curso de la historia cuando nos encontramos con toda la humanidad y toda la historia mientras transcurre por nuestra existencia mortal.

El individuo que vive con esa conciencia de las ideas y de su relación con el reino de las ideas es el ser humano de veras adulto. La víctima del pensamiento oligárquico es relativamente pueril, si no es que algo peor, tanto en lo moral como en lo intelectual.

12. Adam Smith, *The Theory of the Moral Sentiments* (1759).

El que se degrada moralmente de una persona de ideas a mero “hombre práctico” basado en su “experiencia personal” huye de su responsabilidad de contribuir al curso de la historia humana, al bienestar general de nuestra posteridad.¹³ Huye a la “realidad virtual” a la que rinde culto el fanático de las telecomedias. Para ese individuo, todo es cuestión de interacciones entre pares de personas en el aquí y ahora, como las concibe el empirista. Al empirista lo domina la preocupación por sus asuntos personales, así definidos. Está demasiado ocupado con esas interacciones personales en su lamentable y estrecho aquí y ahora como para asumir responsabilidad moral por las consecuencias de que esta generación haya vivido. Huye de las grandes cuestiones y se refugia en el reino microscópico de lo que llama “mis asuntos” y “mi moralidad personal”. Puede tolerar cualquier gran crimen de lesa humanidad con gran autosatisfacción moral, mientras a él no lo cojan en infracciones personales en lo muy pequeño, como robo o adulterio. Así, esas personas inmorales, presuntuosa y obscenamente, se autodenominan “cristianos” al mismo tiempo que suscriben el dogma rapaz y carnicero de Adam Smith del “libre comercio”, en la indiferencia moral propia de su estrechez mental. Es de esta perversidad complaciente de presuntuoso fariseo oprimido de donde la oligarquía obtiene el consentimiento democrático a las más monstruosas tiranías. Hasta ahora, es así como los oligarcas han engatusado a la mayoría de la gente la mayor parte del tiempo y a cierta gente todo el tiempo. Así se puede inducir a las víctimas de la servidumbre y situaciones parecidas a cometer traición contra su propia humanidad.

El mecanismo del ciclo

El modelo más claro del modo en que funcionan los ciclos dinásticos es el ciclo que ahora concluye. Nunca antes el impulso no entrópico a aumentar la densidad potencial de población se había siquiera aproximado al vigoroso crecimiento logrado merced a las instituciones del Estado nacional y el progreso científico, fundadas por el Renacimiento. Del lado opuesto, siempre que se le impone a la sociedad el estancamiento tecnológico por un lapso prolongado, el resultado será la caída entrópica de la densidad potencial de población. Es la interacción entre los dos impulsos opuestos, el no entrópico y el entrópico, la causa de ciclos dinásticos como éste.

13. Compárese al respecto el preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos con la parodia oligárquica que se encuentra en la Constitución de los Estados Confederados de América. El párrafo sobre el bienestar general muestra que el espíritu de la Constitución de los Estados Unidos es la adopción del principio de derecho natural de Gottfried Leibniz y el rechazo de la inmoralidad del dogma oligárquico del “contrato social” de Locke, que éste empotró en las leyes coloniales de las Carolinas. La Confederación, como Locke, fue una expresión oligárquica en la vil tradición de la Esparta de Licurgo y en contraste con la tradición de Solón y George Washington representada por el presidente Lincoln.

Más o menos desde 1510 y hasta el reclutamiento en masa al oligárquico “cambio de paradigma cultural” que se expresó entre 1964 y 1968, se puede decir que la civilización europea manifestó un doble carácter. Los éxitos de esa civilización, conforme se extendió por el mundo, derivaron del efecto no entrópico combinado de los principios del Estado nacional y el progreso científico. Al mismo tiempo, se corrompía fatalmente, de pies a cabeza, por el elemento entrópico oligárquico que vino a concentrarse en la monarquía británica del “partido veneciano”. Luego, en coincidencia con el asesinato del presidente John F. Kennedy, la oligarquía dominante decidió empezar la fase final de la destrucción total de las instituciones no entrópicas del Estado nacional y el progreso científico. Con los efectos de esta fase, la más reciente, de este ciclo largo, se ha llevado al sistema mundial en su conjunto al borde de la autodesintegración.

Si pudiéramos resucitar el legado del Renacimiento, limpio del estorbo de la Ilustración, que fomentara Venecia, el resultado sería una forma unimodal, no entrópica, de recuperación económica —y no sólo económica— sin ciclos.

El principal problema institucional es reemplazar el actual sistema monetario y financiero mundial, incurablemente en quiebra. Las medidas de recuperación económica física indispensables ya se conocen o se pueden determinar con facilidad. El uso de crédito estatal para financiar empresas gubernamentales y privadas que ejecuten programas urgentes de reparación y expansión de la infraestructura económica básica, en el sector público, aportará, como tantas veces antes, el estímulo al rápido crecimiento del sector empresarial privado en la agricultura y en la industria.

Lo decisivo es reemplazar el sistema monetario y financiero actual, basado en sistemas de banca central en manos privadas, con el sistema de banca nacional que la tradición une al nombre del hacendista estadounidense Alexander Hamilton. La implícita lucha a muerte entre el sistema de banca central y el de banca nacional pasa a ser la clave de si la civilización entera se recobrará de esta crisis o se hundirá en la “nueva era de tinieblas” más siniestra de la historia.

La oligarquía ha provocado su propia destrucción. El que le haya inculcado a sus propias filas el paradigma cultural que viene causando la catástrofe actual ha hecho a las generaciones presentes de la oligarquía incapaces de reconocer su propia estupidez, incapaces de definir alternativas a la hecatombe que nos amenaza a todos. Sin embargo, para algunos sectores de la oligarquía es patente que, mientras se permita que la completa depravación que representa el príncipe Felipe siga dominando a toda la oligarquía, la ruina inminente de la civilización está asegurada. Así que la caída venidera de la Casa de Windsor es inevitable, de un modo u otro.

Para el resto de nosotros, la tarea es sencillamente eliminar la corrupción oligárquica, pero conservar la civilización. La cuestión es saber cuál es cuál. Por eso, lo importante es no dejarse degradar a la estrechez mental.